



La hermosa flor

Un día nació una radiante flor entre paisajes donde había grandes montañas cuyas cúspides platicaban con nubes que pasaban. Lagos de azules varios eran su vista. En su entorno había flores que tapizaban con sus múltiples colores, y el viento era heraldo de trinos dulcísimos que envolvían de una exquisita paz.

La flor conforme crecía era más hermosa y fragante y, sabiéndolo, se solazaba de sus dones. Y sucedió que una tarde, un gusano comenzó a subir por su esbelto tallo, pero al sentirlo, arrogante dijo:

- ¡Alto! ¿Cómo te atreves a subir en alguien tan fragante y hermosa como yo?

El gusano, sin decir nada, regresó los pocos pasos caminados y luego subió a una rama que tenía enfrente. Tenaz, con el tiempo encima, sobre la rama se dedicó a hacer hilos semejantes a rayos de sol y alrededor de sí mismo construyó su capullo.

Pasó el tiempo y un abejorro trato de recoger el polen de aquella magnífica y bella flor, pero ésta, viéndole venir, le dijo:

- ¡Detente, no te atrevas a tocarme!

El abejorro, sin decir nada, quedó suspendido por instantes en el aire, la miró, dio media vuelta, y se alejó hasta ser un punto que se fundió en el horizonte.

Tiempo después, del capullo hecho por el gusano empezó a salir una hermosísima mariposa. La flor, admirada, con vanidad le hizo saber:

- A ti sí te entregaré mi fertilidad, llévala a cada lugar por donde vayas para que de esta forma perdure mi belleza y fragancia.

Envuelta de paz, la mariposa le contestó:

- Ayer tenías dones que el tiempo se llevó, y aunque aún fueras fértil, yo no quiero ser culpable de que nacieran flores tan egoístas como tú.

Y se marchó en busca de otras flores que no fueran como ésta.

Fue entonces que en la cara de la flor se observó la imagen de la derrota y, al poco tiempo, su mano se dirigió a su pecho y, al abrirlo, encontró que las alas de su corazón ya no volverían a extenderse.

Emilio Rojas

